

Manuel Rojas

Una tarde, allá por los años 50, un profesor de castellano del Instituto Nacional encargó a un grupo de sus alumnos que fueran a entrevistar al escritor Manuel Rojas, entonces director de las Prensas de la Universidad de Chile.

Los estudiantes lograron, por lo que se sabe, dominar el impulso inicial de echar a correr que solía originar el ceño adusto del escritor; en especial sus ojos taladrantes por debajo de unas cejas hirsutas, en una cara curtida de piel roja situada allá, muy arriba, en la parte superior de un corpachón de un metro 86.

“Acérquesele, no muerde” es un rótulo que él mismo se adjudicó en una entrevista con Lenka Franulic, publicada en la revista *Ercilla*. Los institutanos lo comprobaron: a los pocos minutos, el diálogo se hacía animado y alegre. Los bisoños periodistas preguntaban, él respondía, ellos anotaban afanosos en sus cuadernos.

Al despedirse, el hombrón se dirigió a uno de los niños, que había estado silencioso y algo ausente durante la entrevista.

—¿Y tú? —le dijo—, ¿no tienes nada que preguntarme?

Este se sonrojó y con un ligero tartamudeo farfulló:

—¿Cuándo murió Manuel Rojas?

Hubo un silencio. Después el escritor estalló en una carcajada estentórea. Le hicieron coro los entrevistadores. Todos menos uno.

Rojas nunca se hizo ilusiones sobre la fama literaria, propia o ajena. Tal vez por eso le gustaba repetir esta anécdota.

Hoy sabemos que murió el 11 de marzo de 1973, hace algo más de 22 años. Desapareció así uno de los mayores narradores chilenos. Para algunos, como Carlos Droguett, “el más grande novelista chileno de este siglo, aunque él opine otra cosa”. En enero de 1996 se conmemora un siglo desde su nacimiento¹⁷ en Buenos Aires, República Argentina.

Además de ser un escritor excepcional, fue también Manuel Rojas un ser humano de excepción, que parece haber concentrado las más profundas y valiosas esencias de Chile. ¿O tal vez de América Latina?

Se forjó a sí mismo en medio de las pellejerías más extremas y conoció desde la infancia la miseria y las degradaciones que acarrea. Atravesó por los oficios más duros y diversos, entre seres sumergidos en el alcohol y otros vicios, sin perder una pureza ética esencial, en parte instintiva, en parte recibida de su madre, ni su fidelidad a un destino personal que forjó a pulso sin recibir jamás nada gratuitamente.

La lista de sus ocupaciones es larga y varía según los cronistas. Según Hans Ehrmann, comenzó a trabajar a los doce años y fue aprendiz de sastre, mensajero, aprendiz de talabartero, carpintero, pintor, ayudante de electricista, acarreador de uva, cuidador de un falucho, actor, consueta, linotipista, periodista, empleado de la Biblioteca Nacional, vendedor de cartillas en el Hipódromo Chile, tipógrafo, corrector de pruebas, director de los Anales de la Universidad de Chile, profesor de la Escuela de Periodismo.

Además fue escritor, como se sabe. Él tendía a omitir ese oficio cuando daba la lista de los que habían ocupado sus días. Podría ser el tema de un análisis psicoanalítico o más bien sociológico. Neruda contaba que una vez, al inscribir su nombre en el libro de un hotel de Concepción, en el rubro profesión u ocupación puso "poeta". El empleado de la recepción, con cierta impaciencia, le dijo: "Sí, pero ¿en qué se gana la vida?". Declararse escritor era, ¿es todavía?, cosa vergonzante en Chile. No es una ocupación de gente seria. Continúa declararse poeta.

Al azar de la conversación, Manuel Rojas a veces hacía referencias a otros oficios que no siempre recordaba incluir en la lista. Por ejemplo, en una entrevista con Hans Ehrmann, dice al pasar: "Trabajé como peón en la cordillera y me quedó el hábito. Muchas veces voy a la montaña. Es una fuente de riqueza emocional muy grande". Al parecer, trabajó como jornalero en la construcción del Ferrocarril Transandino. Evoca una experiencia de ese género en su cuento "Laguna".

Sus primeros veinticinco o veintisiete años le proporcionaron, con la áspera riqueza de su experiencia, prácticamente la totalidad del material de la obra literaria que desarrolló en los 50 años siguientes.

Su matrimonio con la escritora María Baeza, en 1927, produjo un cambio decisivo en su existencia. Se hizo sedentario, asumió con total seriedad las responsabilidades del hombre casado, padre de familia, siempre corto de plata. En la entrevista citada dijo: “Toda mi vida, desde que recuerdo, tuve problemas económicos. Nunca estuve tranquilo. Cuando joven tenía que conseguirme diez pesos, después quinientos, ahora más. Casi nunca tuve lo suficiente para vivir”. La muerte temprana de su mujer, en 1936, le produjo un desgarramiento profundo. Lo reflejó en un poema bellísimo, de clásica pureza, “Deshecha rosa”, que publicó en 1954, casi 20 años después. He aquí unos fragmentos:

*Construido con elementos de timidez y de urgencia,
de pasión y de silencio;
a través de ganzúas y de ladrones hábiles,
acompañado de anarquistas perseguidos por la policía
y de cómicos que morían sin éxito en los hospitales;
entre carpinteros de duras manos y tipógrafos de manos ágiles;
soñando en la cubierta de los vapores
y en los vagones de carga de los trenes internacionales;
con muchos días de soledad y de cansancio,
sin lágrimas, con los zapatos destrozados,
por las calles de Santiago o de Buenos Aires;
ganándome la vida y la muerte a saltos,
como los tabúres o los rufianes;
cultivando, sin embargo, una gran rosa ardiente,
llegué donde tú me esperabas con tu ardiente rosa.
No traía sino mi don de hombre,
mi pequeña gracia de narrador
y tres abejorros con hambre.*

Es todo un autorretrato. Y más adelante:

Fuiste mía y fui tuyo en el oscuro pensamiento de la noche.

*Sin reservas, con locura y con ternura,
unidos en la sangre, en el aliento y en la piel*

*buscamos aquello que nos unía
y que nunca supimos qué era.*

*Las largas noches eran nuestras, y nosotros éramos de la noche
trabajadores fervientes, entre murmullos
y silencios de reposo y espera,
como mineros que buscaran o como joyeros que pulieran.*

*La piel fina y caliente de tu cintura,
la áspera piel de mis piernas;
mi boca impaciente y tu boca deseosa de obedecer;
mis manos como hormigas entre tu cuerpo de panal nocturno;
tu espalda que se arqueaba y mis largos y tenaces brazos;
tus duras piernas y mis insistentes rodillas entre ellas;
mi lengua y su apasionado itinerario.
Y tu recato y mi persuasión,
y tu arrullo y mi contenido grito de hallazgo o de sorpresa:
en la alta noche, creando, latiendo, buscando,
trabajando con su propio material su gozoso y limpio destino,
esmeradamente.*

*Y de tu vientre
los abejorros brotaban chillando y mamando,
entre mis lágrimas de hombre y tus sonrisas de mujer.*

Cuando ella murió, Manuel se hizo cargo sin complicarse demasiado de sus tres abejorros, María Eugenia, Paz y Patricio, escalonados entre los cuatro y los ocho años de edad.

—Su relación con nosotros fue siempre de igual a igual —dice su hija, la doctora Paz Rojas—. Nos contaba todo lo que le pasaba, lo que le preocupaba, lo que leía. También sus amores. Nos daba cuenta de lo que ganaba. A fin de mes, llegaba a la casa y tiraba para arriba los billetes del sueldo. Junto con él calculábamos, desde chicos, para qué alcanzaba, para qué no. Este mes, zapatos para Pacita (esa era yo), para Jenita (mi hermana Eugenia) o para Papipo (mi hermano Patricio).

Para mantener y educar a sus niños, trabajaba como loco. Dirigía las Prensas de la Universidad de Chile, vendía cartillas todos los domingos por la mañana en el Hipódromo Chile (lo hizo durante 16 años) y escribía varias veces por semana artículos para *Las Últimas Noticias*.

Sentía un profundo menosprecio por la educación formal pero creía en las virtudes educativas de la lectura. Paz Rojas cuenta: “Nos leía por las tardes el libro que él estuviese leyendo, así fuera Faulkner, Stendhal o Flaubert. No sé cuánto llegábamos a entender. Nos decía a menudo: No me importa que sean buenos alumnos, sino que lean, lean y lean”. Patricio recuerda que cuando niño hacía competencia con sus hermanas a ver quién leía más. El escritor no recibió con entusiasmo la decisión de Paz de estudiar medicina, porque había sido enfermiza cuando chica y pensaba que el esfuerzo sería excesivo para ella. Ni Eugenia ni Patricio siguieron carreras universitarias.

Educaba a sus hijos de otro modo. Les impartía lecciones de cosas. Los inició en el deporte del ski. Los hizo participar desde pequeños en excursiones agotadoras y maravillosas. Era un caminante fenomenal, profundo conocedor del territorio, sobre todo de la Cordillera. Su libro *A pie por Chile* es una guía estupenda para quien quiera conocer de veras el país y es también un canto de amor a esta tierra.

Sabía mucho del mar, de las estrellas, de los insectos, de las aves. Entre sus libros de consulta permanente figuraba un tratado de entomología en diez volúmenes. Muchos domingos partía con sus abejorros a la Quinta Normal, a cazar mariposas de color naranja. Un día decidió aprender a pulir vidrios para fabricarse un telescopio casero, según instrucciones que encontró en *El Tesoro de la Juventud* u otro libro análogo. Hizo dos telescopios para mirar las estrellas. Después descubrió que le resultaba más fácil y barato comprar binoculares alemanes: “Me sirvieron para mirar los pájaros, que es una de las cosas que más me gustan”. Sabía hacer todos los nudos marineros. En su banco de carpintero trabajaba por las tardes, después de la jornada diaria. Hizo muchos muebles. En su gran casa de la calle Llewelyn Jones, se conserva, entre otras cosas, un enorme lustrín, de tamaño adecuado para sus zapatos del 44. No tanto para los de sus niñas.

En 1973, cuando vivía sus últimos días contemplando el mar, en El Quisco, dijo de súbito:

–Estoy pensando en escribir un libro sobre los pájaros.

En la extensa y maravillosa historia de su amistad con José Santos González Vera quedan todavía muchos episodios por escribirse. Entre ellos, cuenta Laura González –hija de González Vera, más conocida por Bisagra, el nombre fatídico que le dio su padre cuando a los pocos meses de vida crujía en vez de llorar– figura “La búsqueda de la alstromeria” (Parece el título de una novela de anticipación). Se enamoraron de esta flor por su nombre. Es una especie de orquídea chilena que, según dicen, crece en los contrafuertes de la cordillera. La buscaron durante un año entero en largas excursiones a pie, nada de pedestres, tachonadas de discusiones literarias, recuerdos y observación de la naturaleza. Los dos eran caminantes de fondo. No los asustaban los kilómetros ni los cerros.

“Voy a buscar la alstromeria con el Trompifay”, solía decir González Vera un sábado o domingo, cuenta Bisagra (para los más jóvenes, diremos que Trompifay era el nombre folklórico que se dio en Chile a uno de aquellos “mastodontes” mal agestados que enfrentaban a Chaplin –generalmente con pésima fortuna– en los tiempos del cine mudo. González Vera lo aplicaba a Manuel Rojas). “Mi papá llevaba un termo con té. Caminaban muchas horas, hacían un alto, se tomaban su tecito y llegaban de vuelta, felices, al caer la tarde. Nunca encontraron la flor”.

Años después, Manuel compró un pequeño terreno en El Quisco para levantar una casita de playa. “Y en ese terreno, precisamente, ¡había una alstromeria!”, dice Bisagra. “La flor nunca se mostró cuando Manuel la buscaba pero después recapacitó y fue espontáneamente a encontrarse con él en su propia casa”.

Cuando Manuel Rojas quiso casarse con Valeria López, consultó el asunto con sus hijos y con Esthercita, la “nana” que los crió y estuvo siempre con ellos, como una abuela, desde la muerte de la madre.

–Hicimos una votación en torno de esta mesa (la del comedor) –relata Paz Rojas–. El matrimonio se aprobó por tres votos contra uno. Esthercita votó en contra.

Era muy ajeno a toda solemnidad y pudoroso en extremo respecto de sus sentimientos. Cuenta Bisagra: "En 1969, fuimos con Carmelo Soria a Segovia y visitamos la pensión donde vivió Antonio Machado, en calle de los Desamparados número 16. Subimos por una escalera gastada, de madera blanqueada por el diario lavado con lejía. Vimos la habitación donde vivió el poeta. En ella solo había un catre de bronce, una mesa y una silla. El cuarto tenía una pequeña ventana desde la cual se veía un paisaje de tejados y detrás la desnuda estepa de Castilla. Todo aquello nos produjo una gran melancolía. Estaba la viejecita dueña de la pensión, quien dijo que Machado era un señor muy bueno, muy caballero, que no molestaba para nada ni se enfermó nunca. En el vestíbulo del primer piso estaba colgada una reproducción de la cabeza de Machado hecha por Picasso. También había un sillón. Manuel, que tenía una expresión entre severa y compungida, se dejó caer en el sillón. Lo vimos muy conmovido y eso nos conmovió a nosotros. Lo miramos de manera comprensiva y solidaria, lo miramos con ternura. Él respondió a nuestras miradas diciendo: Me duelen los pies. Poco después, en marzo de 1969, publicó en *Las Últimas Noticias* un artículo en el que relató aquella visita a la casa de Machado. Era tan emocionante que al leerlo casi me puse a llorar".

Fue anarquista declarado desde los 18 años. Siempre se situó a la izquierda del mapa político. En 1951, después de muchas dudas, resolvió ingresar al Partido Socialista Popular. Lo recibieron con gran entusiasmo y le encomendaron tareas de divulgación cultural. Al día siguiente, la dirección del Partido decidió apoyar al ex dictador Carlos Ibáñez en la elección presidencial de 1952. Manuel Rojas envió de inmediato una carta de renuncia. "Breve y seca", según González Vera. No militó en otro Partido. Su yerno Fernando Ortiz, con quien le unía una relación de afecto y respeto mutuo, intentó convencerlo alguna vez de las bondades del Partido Comunista. No lo consiguió. Tenía grandes reservas respecto de la Unión Soviética. La historia le ha dado la razón en medida considerable.

Pero no era un apolítico ni evadió jamás el compromiso esencial que la vida lo llevó a asumir desde muy temprano con los humillados y ofendidos. En una entrevista titulada "Las cartas boca arriba" que le hizo

el escritor Hernán Lavín Cerda en 1972 para la revista *Mayoría*, Rojas demuestra su excepcional lucidez política y también la honestidad con que decía lo que pensaba aunque sufrieran callos ajenos. Cito:

“Los que votamos por el programa de la Unidad Popular, por lo menos los que sabíamos lo que hacíamos, estábamos convencidos de que se trataba de una elección constitucional, no de una revolución y a eso, creo yo, debemos atenernos. Hay una mística de la normalidad constitucional y solo una revolución podría terminar con esa mística y crear otra. ¿Es tiempo de hacerlo? Ni pensarlo, aunque la desearía, la desearíamos. Pero aunque la hiciéramos y ganáramos, ¿entrará el pueblo, el verdadero pueblo, o sea, la clase obrera, a gobernar? ¿Crees tú que serían ellos, los trabajadores, los que gobernarían? No. No podrían hacerlo. ¿En qué lugar del mundo gobiernan ellos, tienen ellos el poder? En ninguno. Habría que educarla, educar a la masa para ello. Estimo que se les deberían entregar las fábricas y algunas se le han entregado; pero eso no es el poder. Siempre necesitarán técnicos e ingenieros y otra gente preparada. Cuando estén capacitados tomarán el poder, no te quepa duda, pues entonces sabrán que el poder debe ser para ellos; pero hay que esperar”.

Nunca olvidó a sus amigos anarquistas de la juventud. Cuando se encontraba con ellos, ya viejos y generalmente míseros, los llevaba a su casa y trataba de ayudarles en alguna forma. A algunos le dio trabajo en la imprenta de la Universidad, no siempre con buenos resultados. Colocó allí, por ejemplo, al ex zapatero y poeta Francisco Pezoa, el autor de los versos del “Canto a la Pampa”, verdadero himno del proletariado nortino, que relata la masacre de Iquique de 1907. Pezoa se caía al litro una vez por semana y cuando se encontraba “en estado”, profería, ocasionalmente en las puertas de la Universidad, los más atroces denuestos contra los burgueses, los militares, la Iglesia y la sociedad en general. Manuel lo protegió siempre, pese a todo.

Un día, cuenta Bisagra, le dijo a González Vera:

“¿Te acuerdas del Negro Gutiérrez?” . Era uno de los amigos anarquistas del año 20.

José Santos se acordaba: “¿Y? ¿Qué pasa con él?”

Manuel le respondió: “Está en Arturo Prat con Tarapacá, manejando el sol”.

“¿Haciendo qué?”

Manuel explicó: había encontrado casualmente en esa esquina al viejo compañero anarquista, harapiento y sucio. Con la mirada extraviada, el Negro Gutiérrez hacía extraños gestos y movimientos con los brazos, mientras miraba al cielo. Al bajar la vista, descubrió al escritor, que lo contemplaba, lo reconoció y le dirigió un saludo. Este le preguntó qué hacía allí. “Estoy manejando el sol”, respondió.

Fueron a verlo, le dieron algo que comer, alguna ropa, se preocuparon de él, hicieron que lo examinara un médico y lograron hacerlo internar.

Rojas escribía con cierta facilidad, según él mismo contó alguna vez, pero le costaba mucho quedar satisfecho con lo que hacía. Siempre escribía a mano, con lápices bien filados, en cuadernos de escolar. A Hernán Lavín le dijo, en la entrevista mencionada:

“Tengo montones de cuadernos con los originales de mis libros. Sí, a mano, en cuadernos de escolar. Cuando tengo un buen número de páginas, las copio a máquina, luego hago otra versión corregida a mano y otra vez la máquina y de nuevo al cuaderno. Cuando termino un cuaderno, lo vuelvo al revés y continúo por el reverso, como escriben sus cartas las señoras antiguas. La única vez que tomé notas se pusieron amarillas, luego verdes, el tema seguía rondándome; 40 años después me lo saqué de entre las cejas y escribí *Punta de rieles*. Todas mis creaciones me han costado difíciles trabajos”.

Hasta 1951, Manuel Rojas era un escritor apreciado por sus pares y elogiado por la crítica, pero con muy pocos lectores. Había publicado en 1926 y 1929 dos libros de cuentos, *Hombres del sur* y *El delincuente*, cuyos magros tirajes demoraron decenios en agotarse. También en 1926 un libro de poemas, *Balada del transeúnte*, con una acogida más débil aun. Según Filebo, dueño de un archivo temible, en 1959, 33 años después de su aparición, la edición de mil ejemplares de aquel libro todavía no se vendía totalmente. En 1932, publicó su novela breve *Lanchas en la bahía*, que fue una vez más lo que los franceses llaman “*un succès d'estime*” —un éxito de estimación— pero no de público.

Esto cambió radicalmente con *Hijo de ladrón*. Aquel fue un acontecimiento literario como se han visto pocos en Chile. Los que en aquel tiempo éramos jóvenes y como tales, irreverentes, devoramos el libro y proclamamos que con él comenzaba la literatura chilena en prosa. La verdadera, la auténtica. Afirmamos que era la primera novela moderna, “de nivel internacional”, que incorporaba con legitimidad no solo la fuerza de los grandes rusos, sino, además, buena parte de las innovaciones formales del siglo XX, desde Proust hasta Faulkner, sin perder nada del contenido nacional. Todo lo anterior podía ser olvidado, dijimos, o echado a la basura. El criollismo había muerto. Por primera vez se nos mostraba el país real, con personajes populares auténticos, con poesía, con verdad, con profundidad social, con garra literaria. Supongo que, de alguna manera, *Hijo de ladrón* respondía a ciertos fermentos intelectuales, sociales y políticos que maduraban bajo el régimen represivo y ramplón de González Videla. La crítica, en alta proporción, no fue menos entusiasta.

Se agotaron sucesivas ediciones. El libro caminó más allá de las fronteras, fue traducido a otras lenguas. Ha motivado numerosos estudios y es, posiblemente, la cumbre más alta de la obra de Manuel Rojas, aun cuando publicó después otras obras considerables.

Me parece necesario decir algo sobre la última novela de Manuel Rojas, *La oscura vida radiante*, cuya primera edición apareció en 1971 en Buenos Aires (Editorial Sudamericana). Es la última de la tetralogía cuyo personaje central es el filosófico atorrante Aniceto Hevia, después de *Hijo de ladrón* (1951), *Mejor que el vino* (1958) y *Sombras contra el muro* (1965). El libro, editado en Argentina, tuvo poca circulación y escasa crítica en Chile.

Cuando el escritor murió, se preparaba una edición chilena. Pero la censura de libros del régimen militar, que duró más de diez años, prohibió su publicación. En la primera página de la novela, las reflexiones de Aniceto sobre el destino de “rotos” como él le parecieron, al censor, francamente subversivas: “Cuando piden, no piden gran cosa, pero siempre se les niega; cada huelga cuesta días, semanas, meses y a veces los milicos matan algunos huelguistas, los mataron en Iquique y los volverán a matar cualquier día”. Se insinuó a los hijos del escritor

que el libro podría aparecer, siempre que se omitiese aquel pasaje. Por consiguiente, no apareció.

Solo hubo permiso para editar la novela en 1984. Zig-Zag hizo una edición popular, en dos volúmenes, que en su mayor parte se distribuyó gratuitamente como promoción de una revista. Los ecos de prensa fueron mínimos.

La oscura vida radiante nos lleva de nuevo al mundo popular chileno en medio de la crisis económica que preludió el gran despertar político y social de los años 20. Aniceto y sus compañeros viven los sucesos sin comprenderlos del todo, a salto de mata, hambreados y harapientos; los mejores, soñando con vagos paraísos de justicia social; los más, atrapados por el alcohol o la delincuencia.

Hay retratos, a veces bosquejos, de líderes legendarios como Juan Gandulfo y Santiago Labarca; del poeta Domingo Gómez Rojas, del escritor González Vera. Asistimos al despertar literario de Aniceto Hevia, quien al comienzo oculta esta vocación como un vicio vergonzoso.

En la abundante galería de personajes, el escritor confirma la eficacia de su estilo directo, funcional y, empero, tan personal; su dominio del habla popular, su humor impertérrito, su ternura inagotable y viril.

Las mujeres le llovían, se deshacían por él. Manuel se dejaba querer. Bisagra habla con fervor de su manera de bailar la cueca.

“Algo inclinado y con los brazos abiertos, como un gran pájaro en celo, se cernía sobre su pareja y evolucionaba con una agilidad y una gracia animal, cargada de una tremenda sensualidad, en la coreografía de la cueca, que es, en esencia, el acoso de una hembra por un macho. Nunca he visto a nadie bailar la cueca con tanta intensidad vital y un arte tan auténtico”.

Vi a Manuel Rojas por última vez en 1971, en La Habana, adonde viajé invitado, junto con otros periodistas chilenos, con motivo del tradicional mitin del 26 de julio. Nos encontrábamos en el lobby del Hotel Habana Riviera dos o tres de los chilenos en compañía de dos cubanas y de un par de gringas llenas de pecas y fervor revolucionario. Una de ellas que miraba hacia la entrada del hotel, abrió los ojos desmesuradamente y exclamó juntando las manos: “The Old Man and the Sea” (*El viejo y el mar*).

Nos dimos vuelta y... ahí venía entrando Manuel Rojas —que en Chile solía vestir como un catedrático, atildado, encorbatado y de oscuro— vestido como un guajiro o un pescador cubano: una camisa kaki desteñida por el sol, unos pantalones delgados que le quedaban cortos, unas zapatillas de gimnasia, un sombrero de paja que tendía a desintegrarse. Su piel tenía el color de la parte más oscura del co-chayuyo. Se acercó a grandes pasos lentos y nos saludó de mano con esa sencillez desabrida que tenía. Lo presentamos a las cubanas y a las gringas. Pude ver de nuevo lo que antes presencié en Chile: cómo las mujeres se le acercaban y se arremolinaban en torno de él, absolutamente conquistadas y rendidas, atraídas por una fuerza primordial. Manuel sonreía y se pasaba la gran mano morena por la barba cana que le brotaba en desorden, como cañas en un campo de caña de azúcar después de la zafra. Contestaba llanamente las preguntas que ellas le hacían sin asomo de la repelente coquetería masculina, pero consciente sin duda de los procesos hormonales desatados.

Cuba y el trópico en general lo atraían poderosamente desde su primer viaje a aquellas regiones, en los años 40. Escribió en más de una ocasión sobre la espontaneidad, la alegría de vivir, la sensualidad y la fuerza de la gente de aquellos climas calientes. Allí él, siempre tan discreto y reservado en el medio nacional, cambiaba de personalidad y parecía expandirse como un lagarto al sol.

Con la revolución cubana se comprometió sin reservas. Estuvo en La Habana por primera vez en 1966, como jurado del Concurso de Casa de las Américas. Viajó por todo el país y conversó con la gente. Buscaba conocer la “transformación humana” que la revolución debía producir. A su regreso escribió y dio conferencias sobre Cuba. En 1971 volvió a la isla y envió crónicas al diario *Clarín*.

Cuando regresó a Chile ya comenzaba a manifestarse el cáncer que iba a poner fin a su vida. Tenía la esperanza de restablecerse y de volver a Cuba una vez más. Así lo dijo en aquellos días.

Impaciente, siempre activo, “construido con elementos de timidez y de urgencia”, como se retrata en el poema “Deshecha rosa”, una de sus frases habituales era: “¿Qué estamos esperando ahora?” Fue también la última que pronunció, el 11 de marzo de 1973.

Uno de los médicos que lo atendieron en sus días finales se mostró especialmente conmovido por la muerte del escritor, lo cual no es frecuente. En general, la muerte no conmueve demasiado a los médicos. A Paz Rojas le explicó por qué. Veinte años antes había sido aquel institutano distraído que le preguntara: —¿Cuándo murió Manuel Rojas?

JOSÉ MIGUEL VARAS